

In memoriam de Jean-François Lyotard

El 21 de abril de 1998 moría, a causa de una leucemia, Jean-François Lyotard. Cuatro meses antes, 27 de diciembre de 1997, lo hacía de una dolencia cardíaca el psicoanalista francés de origen griego y fundador de la revista *Socialismo o Barbarie*, Cornelius Castoriadis. Si algo tienen en común los dos, fue el haber pertenecido a la misma revista, *Socialismo o Barbarie*, revista que alcanzaría un papel relevante en la vida intelectual francesa como en la intelectual internacional. Los análisis críticos que Castoriadis hizo al marxismo político, desde su militancia marxista, en especial al estalinismo, al socialismo burocrático, como al capitalismo energúmeno, de igual manera que a cualquier ortodoxia ligada a un partido, un Estado o una Iglesia en nombre de una antropología psicoanalítica cada vez más refinada, hicieron posible que Lyotard quedara marcado por esos análisis. De la influencia de este período y de su estancia en Argelia, dice: *«La lucha contra la explotación y la alienación se convierte en toda mi vida, hasta el punto de que no hago y no siento casi nada que no esté inmediatamente ligado a la causa. En concreto, nada de escritura (...) Es claro que tuvo algo de sacrificial el empeñarse así en la reflexión y en la práctica política. Evidentemente un deseo monacal de obediencia encontraba en ello su ganancia. Pero también estaba el viejo deseo de tomar contacto con la materia concreta de la historia y la impaciencia de ir al encuentro de los acontecimientos»*.

J. F. Lyotard había nacido el 10 de agosto de 1924. Su biógrafo y discípulo Gérard Sfez, director del Colegio Internacional de Filosofía,

que había fundado Lyotard, apunta que en su juventud vaciló entre estas tres cosas: entrar en la orden dominicana, dedicarse a la novela o a la historia. Fue fundador del Colegio Internacional de Filosofía, profesor de la Sorbona, Nanterre y Vincennes en Francia y en los últimos años en la universidad norteamericana Emory (Atlanta).

Lyotard perteneció a esa generación de pensadores franceses, Gilles Deleuze, Michel Foucault, Jacques Derrida, Jean Baudrillard, que se iniciaron preferentemente por las lecturas de Marx, de Nietzsche y Freud y trataron de aplicar sus resultados a los análisis de la sociedad contemporánea, de manera especial a los acontecimientos de mayo del 68. Cuando G. Deleuze y F. Guattari publican en 1972 el *Anti-Edipo* como un manifiesto de la antipsiquiatría francesa hacen, sin quererlo, un homenaje a la tesis energética de Lyotard, criticando no sólo el freudismo sino también la lectura lacaniana de Freud. En libros de Lyotard, *A partir de Marx y de Freud; Economie libidinale* (1974) repiensa el marxismo y el freudismo a través de una filosofía crítica del deseo o, si se quiere, enuncia los principios de una metafísica energética, que le permitirá analizar tanto la pintura de Duchamp, Adami, Monory, reivindicando las artes plásticas como un espacio salvaje, primario, libre frente a todo discurso dominante, como criticar de manera profética los efectos devastadores de un capitalismo desenfrenado. También le quedan restos de su aprendizaje de la fenomenología con Merleau-Ponty, y de su participación a los seminarios de Lacan, para emplearlos en la reflexión sobre la historia; es lo que hace en su primer libro *La fenomenología* (1955).

De las treinta obras que Lyotard ha escrito han sido traducidas al castellano las más representativas: *La fenomenología* (Paidós, Studio, Barcelona 1989); *A partir de Marx y Freud* (Editorial Fundamentos, Madrid 1975); *La condición postmoderna* (Cátedra, Madrid 1987); *La diferencia* (Gedisa, Barcelona 1988); *La postmodernidad explicada a los niños* (Gedisa, Barcelona 1987); *El entusiasmo. Crítica kantiana de la historia* (Gedisa, Barcelona 1987); *Moralidades postmodernas* (Tecnos, Madrid 1996).

Si Lyotard ha cobrado actualidad ha sido preferentemente a partir de la publicación de *La condición postmoderna* (1979). Obra en la que se puso de moda y en boga el concepto posmodernidad. Térmi-

no, por otra parte, tan comentado como denostado en los diversos ambientes culturales. La obra apareció, él mismo apunta en la Introducción, como «*un informe sobre el saber en las sociedades más desarrolladas que ha sido propuesto al Conseil des Universités del gobierno de Quebec, a demanda de su presidente*».

En ella indaga la condición del saber de nuestra sociedad. El saber no se reduce a la ciencia, ni tan siquiera a la conciencia. El saber en la posmodernidad ha cambiado de estatuto toda vez que las sociedades han entrado en la edad postindustrial. Este cambio en el saber viene marcado por la forma en que el conocimiento se legitima. Si en la modernidad las ciencias se legitimaban por grandes relatos o, como Lyotard llama, metarrelatos: las grandes filosofías antiguas, medievales y clásicas han legitimado lo narrativo en la formación del espíritu, como también lo han hecho las ideologías políticas —el marxismo, el psicoanálisis freudiano—, como lo hacen igualmente los sistemas de pensamiento; todos han tenido la pretensión de explicar globalmente el mundo; en la sociedad y en la cultura posmodernas la cuestión de la legitimación del saber se plantea en otros términos, en los términos de relatos fragmentarios. El gran relato ha perdido su credibilidad y, como consecuencia de ello, se ha puesto más énfasis sobre lo medios de la acción que sobre sus fines. Este criterio técnico se ha introducido masivamente en la ciencia, como también en la sociedad y en la justicia.

El postmodernismo, nos dirá, es acostumbrarse a pensar sin moldes ni criterios. La incredulidad posmoderna afecta entonces a la metafísica y a la institución universitaria, al gran héroe, a los grandes periplos y al gran propósito. La legitimación del discurso está íntimamente ligada al acto del habla y éste a los juegos del lenguaje. Todo esto se dispersa en una «nube» de elementos lingüísticos, o juegos del lenguaje. Lo que interesa más es la pragmatidad y la eficacia que la sistematicidad. El incremento del poder, y su autolegitimación, pasan ahora por la producción, la memorización, la accesibilidad y la operacionabilidad de las informaciones. La eficiencia, la eficacia, son la verdad. Se legitima la ciencia y el derecho por medio de su eficacia, y ésta por aquéllos, porque siendo el saber fuente de poder

y de riqueza, lo que interesa es la performatividad en vez de la verdad. Se transforma la pregunta ¿eso es verdad? en ¿para qué sirve?

La reflexión que domina *La condición posmoderna* se centra, por consiguiente, en la crítica al fracaso de las tres grandes concepciones humanistas que han guiado a las sociedades durante el último siglo:

1.º Al fracaso de la política liberal y democrática que nacida de la Revolución francesa pretendía que la igualdad de oportunidades en el acceso a la educación y a la cultura formaría a los ciudadanos responsables, capaces de pronunciarse sobre el destino de la comunidad. Sin embargo, a la hora de los resultados nos encontramos con sociedades en las que la manipulación del poder y de los *medias* ha desplazado a la libertad de pensamiento y para la que la educación no ofrece una finalidad rentable ni operativa.

2.º Al fracaso del gran ideal de la modernidad que intentaba la búsqueda del mejoramiento económico, a través del trabajo. Aunque el nivel de vida es en la actualidad superior al de hace unas décadas, podemos comprobar que el desarrollo ha provocado una crisis mundial de empleo y ha logrado neutralizar y dejar fuera del circuito económico diferentes sectores sociales. Tal fracaso es el motivo del actual desinterés por el sindicalismo y la desvalorización de la noción misma de trabajo. Ni siquiera la irrupción de las nuevas tecnologías podrá solucionar esta cuestión, ya que, por el contrario, provocarán nuevos contingentes de parados.

3.º Al gran fracaso del marxismo, al que se le ha considerado durante estos últimos cien años el gran emancipador. Por el contrario, se ha convertido en alimento de la policía política y la burocracia cínica en los países del este, mientras pierde credibilidad en Occidente.

En *La posmodernidad, explicada a los niños*, publicada en 1986, matiza sus posiciones previas: «En "*La condición posmoderna*" exageré la importancia del género narrativo. En particular resulta excesivo identificar el conocimiento con el relato. No quiero decir que la teoría sea más objetiva que el relato. Éste, al menos, es una historia y, como tal, tiene la pretensión de ser ciencia y no sólo novela. La teoría no tiene la pretensión de ser narrativa».

Más cerca, 1993, publica *Moralidades posmodernas*, colección de textos dispersos que ilustran desde distintos ángulos la condición humana. No hay más pretensión que esa, la de contar historias desvaídas de la vida y, al hacerlo, revivirlas contándolas. Como esas historias son ejemplos de la vida, ahí radica su moralidad. La moralidad de esa moralidad es el placer estético del recuerdo.

La muerte le sorprendió antes de aparecer su último libro: *La Confession d'Augustin*.

JUSTINO LÓPEZ